

# ESPAÑA PINTOESCA.

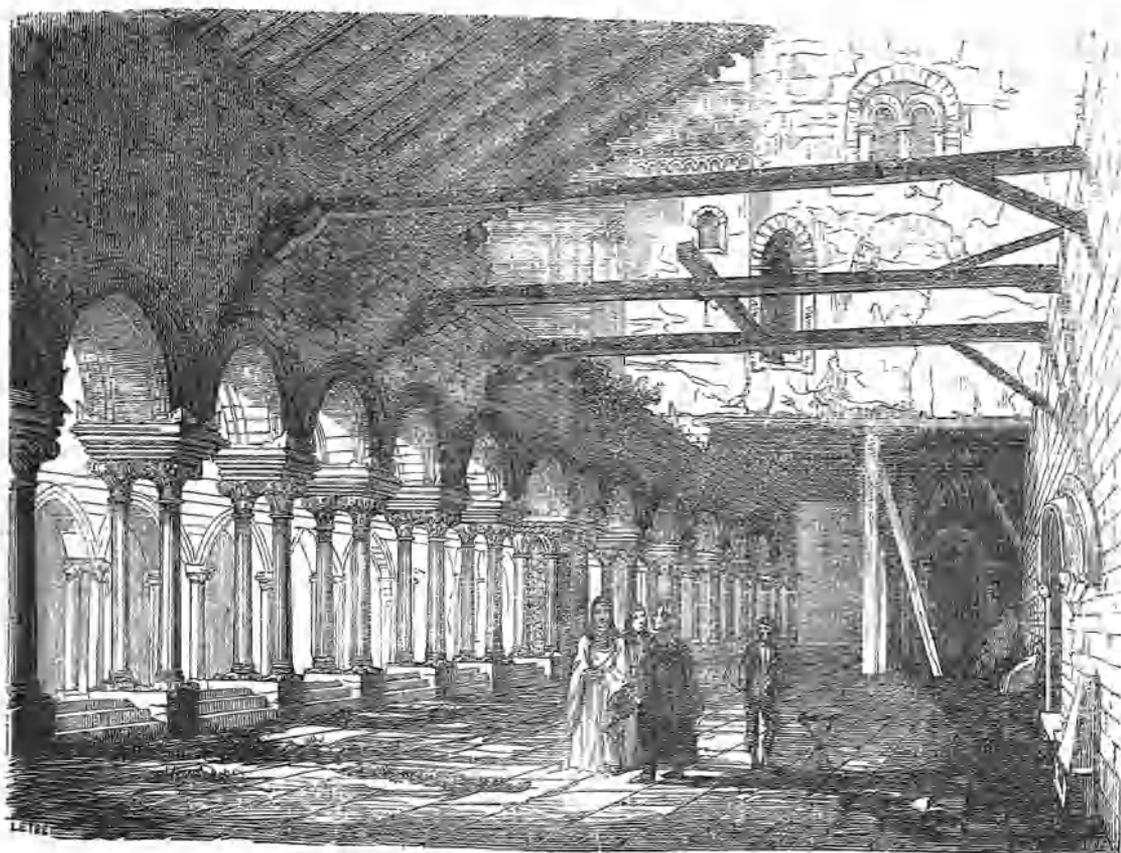


Ilustración de las Huelgas.

## UN PASEO POR LAS HUELGAS DE BURGOS (1).

Las ruinas y estatuas de flores  
 Sus huesos de placer y sus gemidos  
 Sufren del tiempo maravillosos legados.  
 En la espada su guiso perfido  
 En solitaria celda se convierten  
 Y en negro jaco el oro y los malditos  
 Y acoso trunca el fallo de la guerra  
 El roboto de amor, de rita y gusto  
 En su recinto de oración y muerte.



as que han sido mansiones de placer de los Reyes, sugieren graves meditaciones al poeta y al artista cuando las ve convertidas en templos famosos ó en moradas de solitarias. Siempre tal truco tiene por fundamento algun suceso que interesa vivamente á la historia del país,

ó la humanidad toda, ó revela acaso alguna de esas enfermedades del corazón ó alguna de esas funestas desgracias que siempre tuvieron influencia en la

suerte de los pueblos que tales Reyes gobernaron. ¿Qué un monumento alzado á la gloria de las Navas de Tolosa, el monasterio de las Huelgas, fué un recuerdo doloroso á la derrota de Alarcos, ó un desagravió religioso hecho por el Rey Alonso á los extravíos juveniles del amante de Raquel??? ¿Qué suceso mas grande que la batalla de las Navas, qué tragedia mas lastimosa que la historia de la judía de Toledo, referida menudamente en la crónica general? La batalla de las Navas hizo entender á los moros que ya su preponderancia se extinguía en España. Desde entonces cesaron las irrupciones con que de vez en cuando lograban las medias lunas hacerse ver y temer en el corazón del Leon y las Castillas, las fronteras cristianas pasaron allende Sierra Morena y desde aquel memorable día la expulsión de los moros era un fallo que podría dilatarse, pero que de ningún modo se podía evitar. Nadie ignora los pormenores de esta memorable batalla: los historiadores árabes encarecen de consuno con los cristianos la inmensa mortandad de los suyos y las circunstancias maravillosas de la batalla. Toda la gloria fué para las Españas, pues de los cruzados los franceses se

(1) Véase la página 9 del tomo IV de la segunda serie del Semanario y la 73 del II de la tercera serie.

retiraron antes de la batalla, quedando de ellos solo Giralte, obispo de Narbona, y el duque de Austria con los suyos, encontró en Calatrava, ya de regreso despues del triunfo, á los tres Reyes españoles Don Alonso de Castilla, D. Sancho de Navarra y D. Pedro de Aragon.

Todo la gente noble que se encontró en la batalla tomó para timbre de su familia y puso en sus armas una cruz de San Andrés, que segun dicen algunos, se vió en los aires antes de principiar la batalla ó por ella las cadenas que cerraban el palenque donde el Miramolin peleaba desesperadamente por rechazar los cristianos, y que al fin fué forzado valerosamente por los caballeros castellanos, navarros y aragoneses. El mismo Rey de Navarra tomó por armas en su escudo estas famosas cadenas. La cristiandad toda se regocijó con este triunfo memorable y del cual el Rey D. Alonso, por fallo de Don Diego, señor de Vizcaya, nombrado árbitro para el caso, sólo se reservó la honra del dia distribuyendo el numeroso botin, las ricas preseas y los cuantiosos tesoros encontrados en el real enemigo, entre los dos Reyes sus favorecedores.

La entrada del Rey D. Alonso en Toledo fué un verdadero triunfo, habiendo salido á recibirle el pueblo y á su cabeza los prelados y clerecía á larga distancia, diciendo la crónica general que los vencedores fueron bien recibidos *de cristianos, de moros, de judios, que salieron fuera de la villa con juglares e con estormentos.*

Hecho tan memorable y de tan numerosas y gloriosas consecuencias para España, bien merecía que se le alzase un monumento que lo conservase en la memoria de las generaciones futuras. En él se guardaron los trofeos y banderas cogidos en la batalla. En él se hizo sepultar el Rey D. Alonso, y es fama que cuando la soldadesca francesa en su retirada de 1812 saqueó el monasterio y profanó codiciosamente las reales tumbas se encontró todavía intacto el cadáver del vencedor, con rostro majestuoso y apoyada una mano en la rodilla. Las ilustres moijas instaladas á poco en su gloriosa morada, reintegraron al régio cadáver en su sepulcro, donde debe descansar que descanse en paz.

Acaso en la creación del monasterio entró tambien la idea del desagravio religioso de la expiación por los estravios pasados. Aun por esta parte el motivo y la ocasion es grande y nueva á grandes pensamientos. El dia, el instante en que un Rey, un héroe, se arranca de los placeres y del ocio para cuidar de la suya propia, de la gloria de los suyos, merece un recuerdo eterno y recuerdo eterno al renombre español y de las desgracias de un héroe será siempre el monasterio de las Huelgas.

Ni las crónicas, ni los historiadores deslindan bien estas cuestiones; pero un Rey cuya vida ofrece las peripécias, las aventuras y catastrofes de una novela; que la historia le apellida el Noble; que se cejó á hurto y como de incógnito dentro de sus mismos estados por la lealtad de los unos en contra de la ambicion de los otros, que gustó las mayores amarguras, así como los tragos mas deliciosos de la vida; este Rey, decimos, escitará siempre un movimiento de indefinible curiosidad, de interés profundo, en el pasajero que visite y contemple el monasterio de

las Huelgas. Por un frondoso paseo de chopos y álamos se vá de Burgos al célebre monasterio, en lo antiguo casa de Solaz y recreo de los Reyes de Castilla, de donde tomó el nombre de las Huelgas. Su situacion es agradable y pintoresca. Por entre los árboles, y mirando hácia el rio Arlanzon, se ven descollar las agujas góticas de la catedral de Burgos y por remate el alto asiento del castillo, en cuyas faldas se conservan los solares del Cid, la casa de Doña Lambra y el arco de Fernan-Gonzalez. El contemplar en la soledad de la tarde á Burgos desde el pórtico de las Huelgas, paseando los ojos desde las generaciones y glorias pasadas hasta la edad presente, es contemplar el panteon de la grandeza castellana. Todo sombra, nada realidad. Para encontrar algun consuelo es preciso como quien se arranca de un mal presente, volver la espalda y entrar al crucero silencioso del templo, para ver mecándose pausadamente en los aires las banderas arrancadas en las Navas á los moros, y que se conservan todavía tan esplendentes como fresca é indeleble será siempre la gloria de aquel dia para los españoles. Allí, en una de ellas, y en caracteres cúficos se mira todavía escrito el nombre de *Medina, Al-bayda*, la ciudad de Fez, en donde se hicieron los grandes preparativos para aquella segunda invasion sarracena que la creyeron los árabes tan poderosa y decisiva como la que capitanearon Tarek y Muza. Estos trofeos los han custodiado por ocho siglos unas sacas mugeres, y el historiador, el poeta y el artista pueden ir todavía á tomar datos y recibir inspiraciones de estas reliquias palpitantes de nuestra gloria. ¿Qué han conservado nuestros hombres de todos los partidos del inmenso tesoro que hace diez años vivia aun en los archivos, bibliotecas y museos de los santuarios y monasterios? Nada responderán; callen y avergüénense... Estas mugeres, en cuyo número se cuentan Reinas, infantas y heroínas de todas las familias históricas de España, han querido justificar por la solicitud y ardor con que han conservado las glorias de aquel monasterio, los privilegios peregrinos y las singulares prerogativas con que las quiso autorizar el Rey fundador; privilegios y prerogativas que clasifican á aquel monasterio como á una anomalía canónica. La abadesa gozaba de jurisdiccion casi episcopal, daba dimisoria, imponia clausura y hacia otros actos inusitados en todo otro monasterio de la cristiandad. Contiguo se mira al monasterio el hospital llamado del Rey, sujeto á la jurisdiccion de la abadesa y en el cual, además de un comendador mayor, había doce freiles y ocho comendadores de Calatrava que entendian en el gobierno de la casa en donde se daba hospedaje á los peregrinos que iban de romería á Santiago.

La arquitectura del monasterio de las Huelgas es varia porque varios han sido, y separados por grandes distancias, los tiempos en que cada parte del edificio ha sido levantado. El todo no ofrece una fisonomía regular, pero cada parte presta estudio para el artista. Lo mas antiguo del edificio es el claustro que en los tiempos del Rey D. Alonso el Noble fué el patio de su casa recreo. Aunque parte de su recinto se ha ido aprovechando para nuevas oficinas, todavía por lo que queda se puede venir en conocimiento de su configuracion primitiva. Las columnas

que son pareadas y llegan á diez y seis, asientan sobre un basamento continuado, y en el cual podrían reposar los que paseaban por las galerías. Los capiteles no guardan proporcion alguna con el aire y fuste de las columnas, ni tienen sus adornos armonía entre sí, pues ora semejan algunos á mádejas de tomizas, ora otros parecen caladillos raros y caprichosos pero de poca inventiva y de imaginación infecunda. El patio no tenía galería alta, aunque en verdad la pequeñez de las columnas no podría sufrir mucho peso. La época de este patio, si bien puede ser anterior á la de D. Alonso VIII, jamás podrá subir al tiempo de D. Alonso el VI. En el reinado de estos, las dos naciones rivales, y que se disputaban el imperio y señorío del territorio, los árabes y los castellanos, estuvinieron muy unidos. En las monedas árabes acuñadas en Toledo con leyenda árabe se dice Rey de las dos *cabilas* ó familias, y esta unión influyó poderosamente en las artes y la arquitectura. Si el claustro antiguo de las Huelgas fuese de aquel tiempo, revelaría en lo aéreo de sus columnas, en lo oriental de sus adornos y en la riqueza de ellos su tipo árabe. Por el contrario, aquella esterilidad de los accesorios y aquella pesadez en la forma manifiestan la reacción que el genio castellano hizo desde el VI hasta el VIII Alonso para volver á tomar sobre los moros el ascendiente amortiguado desde la muerte del Cid. Los palacios que Don Alonso el VI levantaba en Toledo eran los de un príncipe del Oriente, los que convenían al amante y esposo de una princesa mora, pero los edificios que levantaba D. Sancho el Deseado y su hijo D. Alonso el VII habían de llevar el sello de la severidad rústica castellana que quería combatir á sus adversarios hasta en las artes y en la arquitectura. Se pudiera suponer que las Huelgas fuese casa de recreo de los Reyes de Castilla anteriores á D. Fernando el Grande, pero no es verosímil que dominando los moros por aquellos tiempos gran porción de territorio de puertos aqueude asistiesen los Reyes de Castilla descuidadamente en una casa de recreo espuesta á los golpes de mano de un enemigo doméstico, tan ágil como impetuoso.

El claustro viejo de las Huelgas es monumento que merece estudiarse, y fuera lastima que se destruyera ó se desfigurase.

EL SOLITARIO.

## COSTUMBRES.

### Madrid comercial á vista de pájaro.

#### I.

Una de las cosas que mas particularmente llaman la atención del forastero que recorre las calles y plazas de la populosa corte de Madrid, es el considerable número de tiendas de todo género que á primera vista parece exceder, no solo al de edificios, si no al de personas que en ellos habitan.

Con efecto, en Madrid hay mas tiendas que casas; mas comerciantes que consumidores; mas mi-

seria por tanto de la que realmente debiera existir. Pero dejando aparte la cuestión económica y concretándonos exclusivamente á nuestro primitivo objeto, solo diremos que en Madrid hay mucho comercio, que Madrid es un pueblo altamente comercial.

Verdad es, que en sus vistosos y sorprendentes almacenes, suele no haber otro capital efectivo que el que arrojaría de sí la venta en pública subasta de los soberbios espejos y de los primeros estantes de caoba. Verdad es, que hay muestras colosales admirablemente pintadas, que no cabrían, si á introducirse fueran, dentro de los establecimientos que anuncian. Cierto es tambien, que á través de resplandecientes y deslumbradoras mámparas góticas, donde el oro esparcido con profusión contrasta con el mas esquisito mosaico, no se encuentra otra cosa que cajas aunque rotuladas, vacías, y libros henchidos de trampas, farrados de terciopelo con conteneras de pedrería. Con todo; al considerar el aspecto exterior, el barniz de grandeza que han sabido dar nuestros tenderos á sus cuchitriles públicos, el forastero absorto, confuso á la vista de tanta riqueza, de esplendor tanto no puede menos de confesar que en Madrid hay mucho comercio; que Madrid es un pueblo altamente comercial.

En medio de esta farsa mercantil; entre pagarés que cumplen, letras que se protestan, y saludos que se prodigan al bello sexo el otro lado del mostrador, tramposos y hombres honrados, tenderos y comerciantes, todos comen, todos viven, todos prosperan.

Con una serenidad imperturbable, aparentan lo que no existe; sufren los ataques de sus acreedores; devoran silenciosos el miserable aspecto de su crédito, y aun les sobra tiempo para entregarse á sus diversiones, para amar en fin.

Los comerciantes de la corte como los comerciantes de todas partes sin distinción de edades ni de categorías, rinden su culto al rapazuelo de la venda; mientras que las comerciantes de Madrid como las mugeres de todas partes, ya que no amen porque las mugeres aman en muy pocas ocasiones, se contentan con el indefinible placer de ser amadas.

Pero en todas las clases de la sociedad, la vida física está íntimamente ligada con la vida moral. El sacristan no concibe el amor, si no arrodillado y quemando incienso delante de la persona á quien ama, de la misma manera que el zapatero cree cumplir sus obligaciones matrimoniales acompañando sus caricias con sendos hormazos ó zurrando inhumanamente la badana á su cara cónyuge con el indispensable costuron de bota.

El comerciante que almuerza deuda sin interés, que come partida doble y que cena crisis monetaria, debe amar de un modo suyo; enteramente suyo, y en efecto ama á lo comerciante. Contagia este amor *suy generis*, á las personas que le rodean, resultando de aqui que cuantos pertenecen al comercio, hombres y mugeres, ancianos y niños, ricos y pobres, nobles y plebeyos, quieren y son queridos, aman y son amados, con relacion á sus costumbres, esto es, al tanto por ciento.

Recorramos embeluidos en las consideraciones espuestas, algunas de las calles de la capital de la mo-

narquia española. Establezcamos el punto de partida en la calle de la *Montera* por el estrecho en que recibe el nombre de *Red de San Luis*, sigamos esta espaciosa y pintoresca calle hasta desembocar en la *Puerta del Sol* y dando vista á la *Bojuda de Santa Cruz*, continuemos por los antiguos portales de Santiago, la calle *Mayor*, hasta las *Piaterías*. De allí por la izquierda, entremos en los soportales de la *Plaza* abandonándolos en el *Arco de Toledo*, para seguir la calle del mismo nombre y sin perder el ala izquierda de esta, lleguemos á la de los *Estudios de San Isidro*, desde donde emperamos á admirar la variada perspectiva de la *Plaza del Rastro*, término de nuestro paseo.

En el corto espacio que dejamos trazado; en esta calle casi no interrumpida si bien denominada de diferente modo, se encuentra todo el comercio de Madrid. El maximum y el minimum, la grandeza y la miseria, el hambre y la indigestion, el vasto almacén y el aceitoso puesto. Esta calle comercial, ó mejor dicho este monstruo financiero, tiene su cabeza, su vientre y su cola. La primera llena de vida, de esplendor de riqueza, está apoyada mansamente en las repletas cajas del *Banco Español de San Fernando*; la última mugrienta y andrajosa, se arrastra por el muladar del matadero, sobre las asquerosas piedras de la *Plaza del Rastro*.

Este monstruo, como llevamos dicho, tiene vida; la vida da impulso á sus órganos y los órganos ejecutan funciones: de manera que cuando en su pulida boca recibe los manjares que el lujo y la coquetería admiten como mas exquisitos, sufren su alteración digestiva, caminan de tienda en tienda, de casa en casa, de persona en persona, hasta que inservibles y mutilados, sucios y desconocidos, se exponen á la vergüenza pública en las mesas del *Rastro*.

Lo que hoy llama la atención aun del mas desimpresionable oficinista en los aparadores de un tirole de la calle de la *Montera*, dentro de algunos años se encontrará confundido con otros incoherentes y despreciables objetos en los baratillos de su antagonista.

Vamos por partes.

Esta protección regular que se observa en el comercio de Madrid: este paso de mayor á menor, de lujo á modestia, que entre la calle de la *Montera* y el *Rastro* existen, no es obra del acaso: aunque inadvertidamente, se ha formado por reglas fijas é invariables; es una obra natural y perfecta. En vano el trapero colocaría su comercio entre las tiendas de sedería y encajes, ni el estatuero establecería oportunamente su taller en la calle de la *Fresa*. Todo debe ser respectivo; allí se fija un ramo de la industria, donde naturalmente pueda ser buscado.

A la cabeza del comercio como dejamos espuesta, se encuentra el *Banco Español de San Fernando*; enfrente se construyó en la actualidad el gran bazar europeo; la apoteosis del comercio representada en un pasaje cubierto de cristales. Aquí estará el depósito de la moda universal, el compendio del lujo, el manual del petimetre de buen tono.

En uno y otro depósito, pulula y vive la aristocracia financiera; esa aristocracia, que formula un empréstito ó eudosa un pagaré, desde una elegante

carretela, desde un lindo *charóvan*, ó en el enviable interior de un *tres por ciento*.

Inmediato á los grandes edificios de que hablamos, se han establecido esos almacenes que á manera de santuarios ostentan en sus paredes el oro y las piedras preciosas; pero este oro y esta pedrería no son obra de la naturaleza: aunque se venden á grandes precios, su valor intrínseco es escaso y los caprichosos dibujos y sus delicados mates, les dan una importancia tal, que son preferidos por el estúpido aristócrata á las mas ricas producciones de la tierra.

Las preciosas cajas incrustadas de ébano y marfil; los soberbios pebeteros de china; las coronaciones minuciosamente entalladas que adornan las lunas venecianas; el marfil, el ambar, el pórfito y la cornerina que bajo diferentes formas y caprichosas figuras ostentan los armarios de estos almacenes, todas esas maravillas del arte, estan fabricadas en los talleres de Paris, Amsterdam y Constantinopla. Con ellas engalana sus salones, el potentado; su tocador, la coqueta; su gabinete, el voluptuoso *dandy*.

Dirigid la vista mas allá y distinguireis otros almacenes mas opacos, mas lúgubres al parecer. Allí no hay oro, ni pedrería, ni porcelana; pero en cambio tenéis ricos encajes de Flandes; lienzos tejidos de cristal; lujosa pañolería de esparto y seda, y las riquísimas telas fondo mate, bordadas de relieve por manos chinescas á tres mil leguas del continente.

Contrastando con estas variadas producciones, se hallan de un lado las tiendas de florista; de otro, las estamperías francesas y alemanas, que con sus creaciones fantásticas las primeras, sus caprichos reales las segundas, en flores las unas, en estatuas las otras, en ramos y en adornos aquellas, en grupos y en imágenes estas, estan desafiando al arte admirando al curioso y dando envidia á la naturaleza.

Los objetos de comercio que vamos observando en el descenso de esta calle, no rebajan en mérito á los anteriores; pero si rebajan considerablemente en valor y en importancia. Los de adorno aunque hábilmente ejecutados, son de materias mas groseras: los de vestir aunque finísimos y de las mejores fábricas extranjeras, pertenecen al uso masculino que nunca igualan en rusticidad á los pretendidos y adornos de las bellas.

Ya estamos en la famosa *Puerta del Sol*; aquí no busquemos comercio, aunque lo hay; no busquemos lujo, aunque existe; no busquemos hermosas, aunque se encuentran. Aquí todo es confusión, todo barruntado; pasemos de largo y con cuidado de no ser atropellados por un millón de carruajes que á todas horas transitan, y que en la voracidad con que caminan demuestran claramente la vida agitada y bulliciosa de la corte.

Siguiendo la acera de *Correos* y dando vista á la *Bojuda de Santa Cruz*, entremos en los antiguos portales de Santiago en la calle *Mayor*.

Aquí de repente se ha españolizado el comercio; no en el nombre, no en la forma, si no en el fondo. Mirad en esas magnificas tiendas, tambien hay encajes pero no flamencos sino catalanes; esos bordados que os aseguran proceder de Francia y de la China, se trabajan en Andalucía y en la Mancha; esos tejidos que juzgais cuidadosamente originarios de

Inlaterra ó de Escocia, han salido de fábricas Castellanas; pero disculpad á los que ocultan su origen y los bautizan con nombres extranjeros; ellos saben que así los pagareis á mejor precio, y que os mirareis más complacidos con vuestra compra. Os engañan y se engañan, pero ambos quedáis satisfechos del doble engaño. Por otra parte, esos preciosos nombres de Mancha, Andalucía, Castilla, son insostenibles... ¿cuánto mejor es llevar en la faltriquera un pañuelo trabajado en Lisrick ó en Antwerp, que no en Galicia ó en Asturias, viéndose obligados á pasarse por el rostro un objeto nacido en el mismo lugar que vuestro agudador?

Proseguid vuestro camino. Ahí tenéis á Baltar, á ese apóstol de las estrechidades inferiores, como dirían los modernos, él os hará unas botas por el módico precio de trescientos reales, y os calzará un zapato por solo media onza; pero os durarán tal vez lo mismo que si pagaraís la ses a parte: en cambio, os recostaréis en una cómoda butaca; admirareis el precioso cartabon con que os toma medida, y podreis miraros el rostro en una luciente horna de caoba ó de palo santo.

Desde las tiendas de géneros de vestir en corte, hasta los almacenes de trajes confeccionados, hay un corto espacio comercial, ocupado por el fabricante de galones y charreteras, que alterna con el platero español y el constructor de pantalillos de casa y chupones de baile.

Hemos llegado á los almacenes de ropa hecha; á esa pesadilla de los sastres; á ese consuelo del forastero que se elegantiza por un módico precio en diez minutos. Al principio son casas de fondo, almacenes completamente surtidos, donde se encuentra buen género el mas de moda tal vez, y las piezas construidas con arreglo á los mejores figurines de París. Allí ya ha entrado la moda y el lujo con todo su furor; podeis ver los maniqués elegantemente vestidos atrayendo con su novedad la multitud. Teneis magníficos gabinetes para vestir; grandes espejos en que recrear la vista, y finos y atentos jóvenes en el despacho.

Pasad la calle de la *Amargura* y mirad con atención: las telas, han rebajado en calidad; la mayor parte de las prendas llevan una moda de atraso; se prueban los vestidos en la misma tienda y aun detrás del mostrador; sin embargo venden, esto prueba que el público es diferente, que la concurrencia no es la misma que invade las tiendas anteriores.

Aun no es eso todo; al entrar en los primeros soportales que corresponden á los de Manguiteros, allí se nota una diferencia inmensa; el comercio es otro enteramente. Allí se venden capas en el verano; pero capas con su ribete de color y sus embozos de para; allí hay chaquetas de boton dorado y chalecos de algodón y de muselina de esos que no pueden gastarse sino con faja. También en estas tiendas tienen su público. Entre ellas solo se vé alguna horchatería ó algun puesto de queso manchego.

Siguiendo la carrera que trazamos al principio, al dar vista á las *Platerías* debemos tomar la izquierda y entrar en los soportales de la *Plaza Mayor*. Aquí el monstruo financiero parece que ha querido adorar su cuerpo, valiéndose sin duda del hermoso sitio en que está echado; pero sin fuerzas. Allí hay

buenos almacenes del reino; fábricas de ropa como en la calle *Mayor*; con todo, ni estas ni aquellos respiran elegancia; sientense aquí con muy pocas excepciones la gente de los barrios bajos, ó la municipalidad de algun pueblo de la comarca. Si la *Plaza Mayor* no fuera de nueva construcción, estos almacenes serian viejos pero no pobres.

El espacio comercial de la *Plaza* es corto; pronto se llega al *Arco de Toledo*, y se da vista al comercio del ala izquierda de la ruidosa calle del mismo nombre.

El ala izquierda de la calle de *Toledo*, está formada de almacenes ó tiendas donde se venden bayetas, paños, chotizos, zapatos, albardas y velas de sebo; pero el comercio que predomina en esta calle, formando la mayor parte del mercado, es de ropas hechas.

Va aquí han emigrado los gabanes; no se conoce el levita y se ríen de ese *aguilucho* que llaman fraco. Los mismos comerciantes sustituyen estas prendas en sus almacenes, con la modesta chaqueta ó el cómodo casacaño. En estas tiendas hay ropas originales; esto es, de primera intencion; las hay tambien, traducidas y arregladas del frances y otros idiomas; el boton dorado está á la orden del dia; en la forma y hechura marchan las prendas con el figurin de 1854. Ancho calzon, botín de paño, faja encañada y montera manchega, son los objetos que por do quiera ondulan, los que ondulantes sean, colgados de largas estacas que salen hasta en medio de la calle. En estas tiendas se visten y se desnudan los que compran sin reparo alguno; y suele acontecer, que un paleta se prueba sus anchos calzones, á presencia de alguna señorita de lugar que creyéndose en el retiro de su aposento descubre su albo seno para cubrirlo despues con una pañoleta de algodón blanco con encajes de idem. En estas tiendas se compra y se vende á gritos; los horteras llaman de tú a los parroquianos, y estos por su parte denuestran é injurian á los vendedores, sin que jamás se ofendan unos ni otros.

Antes de llegar á San Isidro, quiere el comercio de la calle de *Toledo* mejorar su posicion, pero inutilmente. Algunas tiendas de mas lujo y de mejor forma parece como que pretenden señorearse entre las demas; con todo, en estas tiendas los géneros son ordinarios y los dependientes llaman á las mugeres *rubias* y á los hombres *muchachos*.

Pasado San Isidro, se deja á la derecha la calle de *Toledo* que degenera de su primitivo caracter comercial y siguiendo el ala izquierda toma el nombre de calle de los *Estudios de San Isidro*.

Esta calle es de comercio, porque así debe llamársele á una calle en que se compra y se vende lo que es ó ha sido objeto de comercio; desde aquí se divisa el *Rastro*... el *Rastro*, con sus banderolas, sus guinejos nuevos y sus hermosas ropas viejas... el *Rastro*, con sus tricorrios, sus espadines, sus uniformes... el *Rastro*, con sus comerciantes por mayor y menor, sus corredores, sus prestamistas, su público... el *Rastro*, con sus habilitantes, con sus costumbres, con su idioma... ¡oh! la calle de los *Estudios de San Isidro* y el *Rastro*, merecen un artículo especial.

JOSÉ DE CASTRO Y SEIBRANO.

## ARQUEOLOGIA.



Apuntes para la historia de los trajes de España en los siglos XII, XIII, XIV, XV y siguientes.

## ARTICULO II.

## SIGLO XII.

El diseño que acompaña á este artículo representa una ceremonia religiosa en que dos clérigos están de pié, revestidos con casullas de una forma bastante distinta de las usadas hoy, y teniendo el uno en la mano izquierda un hisopo, y la derecha estendida sobre la cabeza de otra persona arrodillada á sus pies, leyendo al mismo tiempo en un libro, que sostiene con las dos manos un jóven que parece sacristán ó acólito. Por debajo de las casullas se ven las albas bastante mas cortas que las ropas talaras sobre las cuales se hallan. No cremos se nos tache de inconsecuentes si usamos los nombres de los ropajes que acabamos de mencionar, puesto que como vulgares, se puede con razon decir no pertenecen á la nomenclatura técnica, que por no fatigar la memoria de nuestros lectores hemos prometido suprimir en estos artículos de nuestro periódico.

Al copiar esta escena de unas esculturas del siglo XII, apenas hemos hecho mas que procurar corregir algo el dibujo; pero conservando, cuanto hemos podido, su carácter típico.

Habiendo en nuestro anterior artículo presentado muestras de los trajes civiles y militares del mismo tiempo á que pertenecen los eclesiásticos que hoy damos, pasaremos en el siguiente á tratar de otro periodo, dejando inéditos por ahora otros muchos ejemplares de aquella época que pensamos publicar en la obrita que ya antes hemos citado.

MANUEL DE ASSAS.

## LITERATURA.

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LA LITERATURA Y SU INFLUJO EN LA CIVILIZACION DEL MUNDO.

Así como la historia nos prodiga sus tesoros pasando de una á otra generacion, la memoria de los altos hechos y personajes célebres que han llegado á hacerse notables en el curso siempre agitado de la vida de los pueblos, así la literatura en su estudio nos comunica la marcha progresiva de las luces en medio y á través de las oscilaciones de esos mismos pueblos, representándonos á la vez con la narración de los hechos, la influencia que ha tenido en los adelantos de la civilizacion, y el desarrollo de los conocimientos humanos.

Tiene pues la historia, propiamente dicha, dos partes principales de que ocuparse; la marcha política de los pueblos, y el desarrollo progresivo de estos, debido á la civilizacion y á las luces.

En lo general, el estudio que se hace de la historia, se refiere, como mas importante, al primero de estos puntos, ó sea á la parte política; pero ¿será por eso menos importante el de la parte literaria? Seguramente que no.

Una ventaja muy notable tiene el estudio de la literatura sobre el de la política, á saber: que los acontecimientos que á esta se refieren, son en su mayor número efecto de las revoluciones, guerras y desgracias de todos géneros porque las naciones han pasado y tendrán que pasar, hallándose sus páginas manchadas de sangre, al paso que la literatura, compañera inseparable de la paz, la poesía y la elocuencia, presta grato solaz, y no causa ni una penible impresion.

Es pues el estudio de la literatura á manera de un eden, donde la imaginacion busca placeres que adormezcan el agudo pesar de las impresiones dolorosas causadas por una sucesion de horrores que la historia imparcial de los pueblos y de los hombres no puede menos de evidenciar.

No es esto decir que la literatura haya dejado de tener sus vicisitudes y pasado por épocas de abyeccion y de gloria; pero inofensiva, siempre sus tesoros han estado prontos para quien los buscara, y siempre igual, siempre halagüeña, su esplendor ó su decadencia en nada han alterado su esencia primitiva; viniendo en pos de ella, si prosperaba, la paz, el consuelo y la distraccion.

Allí donde el amor á las letras se ha manifestado, seguro es que los horrores de la guerra se alejaban, que la barbarie no existia, que las costumbres se morigeraban, que el amor al estudio ascendia, que las ciencias en corta escala primero y en ancho campo despues, adelantaban, que las masas se han ilustrado, que las acciones nobles y generosas se apreciaban y que las virtudes se ejercian.

La historia de los pueblos manifiesta de un modo ostensible la verdad de esta asercion que una continuidad de hechos ha venido á corroborar.

Guerreros en lo general, en su principio, sin artes, sin cultura, sin ilustración véanse los Egipcios, los Hebreos, los Griegos, los Romanos, los Scandinavos, los Godos, los Francos, los Arabes, y tantas otras naciones que fueron cuna de las que hoy se hallan al frente de la civilización. ¿Y cuál fué su suerte cuando el amor á las letras principió á comunicarse? Que las mas indomables razas se amansaron, que se dió culto á otras deidades que las que como única virtud exigían la profesion de la guerra, que las artes tomaron vuelo, que los acontecimientos, patrimonio esclusivo de unos pocos, trascendieron á la comunidad, que las puertas del saber no permanecieron cerradas para el vulgo, y abiertas solo á unos cuantos iniciados ó adeptos, que las relaciones internacionales tuvieron principio asentándose sobre bases de mútua conveniencia, que la superstición se fué desvaneciendo, que el feudalismo y la esclavitud fueron proscriptos, que se hicieron leyes y señalaron derechos, y que ajustándose primero al clima las instituciones y costumbres de los distintos países en que irradiaba, venia por fin á esparcir la brillantez de sus rayos en ese mismo clima, mejorando y corrigiendo las instituciones y costumbres hasta que el sello de la civilización se imprimía en todo lo que con ellos tenía relacion.

Nacida la literatura en el Oriente, su luz se comunicó bien pronto á la Grecia, y brillando despues en la poética italiana, derramó su lumbré do quiera que se estendió la dominación romana. La invasion y conquista de los bárbaros vino á eclipsar un tiempo su esplendoroso disco, pero renaciendo mas radiante y poderosa en los siglos de Leon X y Luis XIV ríndesela hoy culto en todas las naciones civilizadas, y cumple ahora á los pueblos europeos llevar tan sagrado fuego al hogar mismo de donde salió la primera chispa, y esto hace el principal encomio del poder de la literatura sobre la civilización.

Mientras en Oriente se amaban y cursaban las letras, sus pueblos caminaban á la cabeza de la civilización y los adelantos desde que la literatura y el estudio fueron proscriptos por la superstición y la barbarie, el embrutecimiento fué aumentando, y son hoy lo que era hace siglos la Europa, en que al presente reina en todo su esplendor la ciencia y la civilización.

Si acudir pues á mas ejemplos que los que de sí arroja la misma historia, queda demostrada la influencia de la literatura sobre la civilización del mundo, y la utilidad de su estudio, en el que será poco cuanto nos desvelemos para conquistar á nuestra vez un nombre en los fastos de nuestro país.

Un consuelo en nuestras horas de pesar y de aislamiento, un medio de comunicar secretos y lecciones desconocidas á nuestros semejantes, un incentivo para llegar al bello ideal en lo moral, que es la virtud, por medio del bello ideal en lo intelectual que es la literatura; un tipo ó norma que nos sirva de base para gobernar á los demás y gobernarnos á nosotros mismos; una delectación para el alma que nos ponga fuera del manchado círculo de las fragilidades mundanas que nos estasia y derrame en el corazón el mas puro entusiasmo, todo esto conseguiremos con el estudio de la literatura, todo con el grande y profundo exámen de esas inmortales obras

máestras, honor de los hombres que las escribieron, y cuyos envidiados tesoros nunca serian recordados y utilizados si el amor á las letras no los viese á descubrir y patentizar.

DAMASO ANDRAGA Y ESPINOSA.

## HISTORIA NATURAL.



EL CAMALEON.

Muy equivocadas por cierto son las ideas que el vulgo todavia conserva acerca de los instintos y naturaleza del inocente animal conocido por los naturalistas desde muy remotos tiempos con el nombre de *camaleon*. Este ser viviente que en el nuevo sistema de clasificación del célebre Cuvier ocupa su lugar en el Ord. *Saurios*, Clas. *Reptiles* y Grup. *Vertebrados*, ha sido objeto de mil fabulas con respecto á propiedades que se le han atribuido, siendo una de ellas la de crecer que únicamente se alimentaba de aire lo cual es absurdo; bien sabido es que los lagartos pueden vivir hasta cerca de un año sin comer y siendo el camaleon una especie del género *Lacerta* (segun Linné y otros autores) nada de particular tiene por lo tanto que le suceda lo mismo, lo cual ha sido sin duda lo que ha dado origen á tamaña falsedad. Tambien se ha dicho que cambiaba de color á tenor del color del cuerpo sobre que posaba; esta circunstancia aun cuando precisamente no es así, no deja de tener algo de verdad; el cambio repentino de colores que en él se verifica proviene del estado interior de su economía, lo cual puede atribuirse sin duda alguna á su habitual timidez y grande terror de que siempre se halla poseído. Efectivamente, la turbación y el miedo que de él se apoderan al acercársele objetos desconocidos se manifiestan inmediatamente por las manchas de que en un momento se ve cubierta su piel. Esta propiedad del cambio de colores en el camaleon ha servido para término de comparacion con respecto algunos cortesa-

nos que validos de su vil carácter adulador lisonjean y ensalzan con palabras vanas aquellos de quienes esperan alguna recompensa y mudan de propósito según les conviene para el logro del objeto que se proponen.

Algunos han creído ver en el camaleón un animal sumamente fiero que fascina con su mirada. Llamando esta idea tan solo en que la mitad del nombre del animalillo en cuestión, participa del de otro que no hay nadie que le desconozca por lo menos de haberlo oído. Una prueba de la apacibilidad del camaleón es que (según Alpino) puede introducirse impunemente el dedo en la boca hasta casi el esfago. La estructura exterior del camaleón; si bien no es del todo agradable á los ojos del que lo mira con cierta indiferencia, ofrece sumo interés á los del naturalista, pues reúne una porción de cualidades que son únicamente inherentes á él y de las que no goza ningún otro animal. El camaleón considerado bajo el punto de vista en que naturaleza le colocara no excede su tamaño desde un pie hasta diez y seis pulgadas á lo sumo, su piel se vé cubierta de pequeñas eminencias, como las de la zapa, son muy lisas, aunque más señaladas en la cabeza y rodeadas de granitos imperceptibles; en las proyecturas de la cabeza, en el lomo, en parte de la cola y en lo bajo del vientre desde el hocico hasta el ano contiene una serie de pequeñas puas cónicas y dentelladas; su cabeza por la parte superior igualmente que por los lados es aplastada; elevanse dos aristas que salen del hocico y pasan muy inmediatas á los ojos siguiendo casi la curvatura de estos yendo á unirse en punta detrás de la cabeza; allí se encuentra una tercera proyectura y otras dos que vienen de la boca formando todas cinco una pirámide pentagonal cuyo vértice se inclina hácia la parte posterior pareciendo una capucha todo este conjunto; su cuello es corto; la parte inferior de este como asimismo la de la cabeza simulan una bolsa aunque no tan marcada como en la iguana (1); dos agujeros que sirven de ventanas de la nariz se hallan colocados sobre la parte superior del hocico los cuales contribuyen mucho á la respiración del animal, pues frecuentemente suele tener la boca cerrada que apenas se distingue la separación de los labios. La boca presenta pequeños dientes lobulados y su lengua redonda, gruesa y carnosa, es sumamente estensible lo cual le sirve para dispararla con una rapidez increíble contra los insectos de que se alimenta, no sin haberla cubierto antes con un humor viscoso que sirve para retenerlos mejor. El sentido de la vista ofrece mucho de curioso en este animal; si bien es cierto que la mayor parte de los reptiles tienen sumamente desarrollados los órganos de la visión, el camaleón en esta parte goza por excelencia de una vista mucho más fina y delicada que todos sus congéneres; una membrana carnosa á manera de velo y movible á su arbitrio cubre el ojo estando dividida con una hendidura horizontal á través de la cual se percibe una pupila brillante y llena de animación; ofrece además la particularidad de mover los ojos independientemente el uno del otro pudiendo mirar con el uno hácia arriba y con el otro hácia abajo. Los apoyos ó extremidades del camaleón ofrecen de notable el hallarse sus dedos dividi-

dos en dos paquetes, uno formado por dos dedos y otro por tres, intermediados hasta su extremo por una membrana muy semejante á la que tienen las aves palmípedas; su cola es redonda y prehensil, esto es, que puede asirse y servirse de ella como de un apoyo más; la habitación del camaleón consiste en agujeritos de rocas y peñascos y también vive en las flores, sobre las elevadas copas de los árboles desde las cuales se pone en acecho para cazar. Es tardo y pesado en sus movimientos, no mueve un pie sino cuando está seguro sobre los otros tres que ha apoyado y pasa con mucha lentitud de una rama á otra adonde se mantiene emboscado. Este animal pone de nueve á doce huevos por los que verifica su reproducción; vive el camaleón en países cálidos tanto del antiguo como del nuevo continente y cuando se le traslada á países en que el clima es más frío, no quiere comer, mueve los ojos alguna vez que los tiene como entumecidos y por último perece al poco tiempo; encontrase el camaleón en el Cabo de Buena Esperanza, en Ceilán, Amboina y otros puntos; se cuentan algunas especies de camaleones siendo una de ellas el *lacerta africana* que es precisamente el que representa el dibujo que vá al frente de este artículo. La religión de los negros del Cabo del monte, les prohíbe matarlos, y por el contrario les obliga á socorrerlos cuando se ven en alguna necesidad; el camaleón es susceptible de domesticarse teniendo algunos en su casa por una mera curiosidad.

Tal es en resumen la descripción del camaleón como es si, por la que se vé la opinión mal fundada acerca de las fábulas que de él se han inventado, pudiendo más bien decirse en virtud de su pusilanimidad y cobardía que es uno de los animales más inofensivos.

J. A. y A.

## CRÓNICA.

\*. Los teatros vuelven á recobrar su animación con la temporada de ferias y la entrada del otoño. Aprovecharemos el buen que resulta en este número para enumerar las novedades que últimamente han ofrecido. El Príncipe ha puesto en escena dos piezas originales, nuevas, de autores desconocidos, tituladas: *Hablar por boca de ganso* la una, y *Nuestro y tres doce* la otra, que han tenido un éxito tan desgraciado como merecido. En la Cruz se ha estrenado un drama de los señores Larrañaga y Brea, que se titula: *La cruz de la tierra blanca*, que tiempo fué bien recibido del público, bien que esto se debió en gran parte á la descuidada de la ejecución. En ambos teatros y en el del Instituto se representan actualmente antiguas comedias de magia, propias para llamar la atención de los infinitos forasteros que vienen á comprar la corte en esta época del año. Varias des ha hecho reformar en el local, pero hasta ahora no ha presentado nada nuevo. El Circo continúa reproduciendo bailes y óperas conocidas; últimamente se ha cantado en él, bastante desgraciadamente, *El Nabuco*. Finalmente, el circo de Paul sigue cada día más favorecido por una concurrencia escogida, sin cuando no ofrece variedad en las funciones. Todas las empresas hacen en su línea preparativos para complacer al público y presentar nuevos espectáculos, de que iremos dando cuenta á nuestros lectores.

(1) Véase la pág. 3 del tomo I de la segunda serie del Semanario.